

Revisión de la Constitución

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

Nueva fase

Parece evidente que la crisis cultural y política ha entrado en una nueva fase. El consenso ha terminado. Se ha secado la fuente que, desde finales del 76, no ha cesado de comunicar falsedad al pensamiento social. El choque del falso espíritu de la transición con las duras evidencias de la realidad, ha creado una opinión descreída y escéptica que, no obstante, sigue en la estela de la oportunista generación del cambio, sin abrir horizontes de grato porvenir para las siguientes. El turbio consenso, ese producto cultural del miedo a la libertad y del afán de reparto entre élites inseguras de sí mismas, fue la fuerza constituyente de la transición. Mientras manó la fuente de la falsedad, la verdad tuvo que fajarse con la mentira oficial, por caminos solitarios, pugnando contra la confusión en las ideas y valores. Acabado el consenso, la confusión tiene carácter residual y rutinario. Aún hay que combatirla. Pero ha dejado de ser el obstáculo principal para la formación de una opinión pública libre. La corrupción generalizada no deja lugar a las confusiones de buena fe.

★

Ahora, el problema es otro. El nuevo peligro, contra la legítima esperanza de conseguir a corto plazo el acceso a la democracia política, está en la creencia ilusa de que un cambio de personal en el gobierno será suficiente por sí mismo, o acompañado de la reforma electoral, para normalizar la situación. Tal vez sea inevitable pasar el amargo trago de una nueva decepción. Pero la probidad y la inteligencia previosora exigen plantear la cuestión antes de que suceda. El PP no tiene energía moral, conocimiento intelectual, ni voluntad política para transformar la oligarquía de partidos estatales —que es la auténtica realidad de esta forma de poder llamada Monarquía Parlamentaria— en una democracia. Y sin esta transformación, su fracaso será tan dramático como el del PSOE. No sólo se regenerará la corrupción y la incompetencia en los nuevos gobernantes, sino que se acentuará el conflicto con los nacionalismos periféricos y con la clase obrera. Es más, los mismos medios de comunicación y los mismos periodistas que han aupado al Sr. Aznar, por ser el modo más rápido de zafarse del felipismo, serán los primeros en no darle cuartel, como empieza a vislumbrarse en la crítica a los primeros síntomas conservadores de la situación en la Autonomía de Madrid.

★

A un nuevo problema corresponde un nuevo tratamiento. Durante la fase del consenso, lo más eficaz para combatir la confusión era la crítica destructiva, racional y moral, del sistema. Ahora, para vencer al escepticismo de los que saben lo que pasa, pero no creen posible remediarlo, lo prioritario es construir. Hacer saber que existe una alternativa democrática a la oligarquía de partidos estatales. Porque sólo destruye quien construye. Para desechar la democracia política lo primero que se necesita es saber que no se tiene y que es posible conseguirla. Esa es la función de la incipiente opinión pública democrática. Nada ni nadie podrá impedirlo si se llega al convencimiento de que la libertad de los gobernados y la decencia de los gobernantes sólo dependen, en este momento de mitigación de la lucha de clases, de una especial disposición de equilibrio y mutua vigilancia entre los distintos y separados poderes del Estado. Las Constituciones sólo se reforman, como los edificios, si sus cimientos y muros maestros han de seguir respondiendo al fin para el que fueron diseñados. A nadie sensato se le ocurriría reformar una casa concebida para unas pocas familias (oligarquía), con el propósito de albergar en ella a todo un pueblo (democracia), sin revisar la estructura de la edificación. Las reformas llevarán al caos si no obedecen a un plan sistemático de revisión democrática de la Constitución. Los reformistas puntuales, es decir, los perfeccionistas de la oligarquía, pese a su mayor apertura mental, son más imprudentes e incoherentes que los inmovilistas.

TRIBUNA LIBRE

Bosnia: la guerra y los derechos humanos

[ALBERTO PIRIS]

La comprensible irritación que en cualquier persona provista de un mínimo bagaje de buenos sentimientos produce lo que día tras día se conoce sobre la guerra en Bosnia, es causa de efectos muy diversos. Uno de ellos es la creciente, y a menudo atolladora, aportación de ideas, sugerencias, fórmulas y soluciones, que en muchas ocasiones sólo contribuyen a complicar lo que ya de por sí es una enrevesada situación. En febrero de 1994, el general belga Briquemont, que anteriormente había ejercido el mando de UNPROFOR en Bosnia, afirmaba que se ponía nervioso cuando oía a Bernard-Henri Lévy decir que con unos cuantos aviones se arreglaría la situación. Y añadía una discutible aseveración: «Es muy grave que un intelectual se tome por experto militar».

Hay en esto una parte de razón. Si se inunda la casa, porque se ha roto una cañería, es mejor llamar de inmediato al fontanero que enzarsarse en una brillante discusión con un filósofo sobre la naturaleza del agua según Demócrito. Pero es evidente que tanto como los militares podemos opinar sobre cuestiones no profesionales, aduciendo simplemente nuestra condición de seres humanos medianamente informados o ciudadanos de tal o cual país, también el resto de los mortales puede opinar sobre cuestiones militares siempre que no se pretenda

enmendar la plana, desde el punto de vista puramente técnico, a quienes de la guerra han hecho su oficio.

Es evidente, por otra parte, que en esta acalorada efervescencia de ideas sobre cómo resolver el conflicto bosnio, los militares pueden hablar con conocimiento de causa

decir: desde el ámbito general de la política, hay una amplia panorámica de opciones, entre las que la guerra —o la amenaza de guerra— sólo constituye un componente más al que no queda más remedio que recurrir cuando todos los demás han fracasado. Un objetivo político puede alcanzarse por medios políticos, diplomáticos, económicos y de otra índole, además de la fuerza militar.

En ocasiones, el compromiso intelectual con una idea, con una postura o trayectoria personal públicamente establecidas y de las que el opinante ya casi no puede discrepar, lleva a algunos a propugnar soluciones técnicamente incorrectas, que es a lo que realmente aludía mi homólogo el general belga. Pero es curioso que, al menos en lo que a la guerra en Bosnia se refiere —pero también en otros muchos conflictos— sean altos mandos militares quienes se muestran más remisos al uso de la fuerza, debilitando de este modo el extendido tópico del belicismo propio de los profesionales de la milicia. Hace poco más de dos años el general Colin Powell afirmaba que «la fuerza militar no es siempre la respuesta más adecuada». Si se la utiliza de modo impreciso o más a impulsos de la frustración que de un análisis claro, la situación puede empeorar». Afirmaba, ya entonces, que «la solución definitiva en Bosnia sólo podrá ser política».

Lamentablemente hay que reconocer que ni la justicia, ni los derechos humanos, ni los intereses de

La guerra debe ser el remedio al que recurrir sólo cuando los demás han fracasado

sobre el empleo de la fuerza con finalidades políticas, y son otros los que, también con suficiente credibilidad, pueden sugerir soluciones que no pasen por el recurso a la guerra. Son precisamente éstas las que habrían de recibir mayor atención, dedicación y recursos, porque está ya sobradamente demostrado el hecho de que la prevención oportuna de los conflictos y su tratamiento cuando todavía no han llegado a enconarse, es la única forma racional de atender a una resolución eficaz. Es

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas mecanografiadas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. No se devolverán originales ni se mantendrá comunicación con el remitente. Las cartas deberán incluir el número del DNI y la dirección de quienes las envíen. EL MUNDO podrá dar contestación a las cartas dentro de la misma sección.

Donación de sangre de homosexuales

Sr. Director:
El Colectivo de Gais y Lesbianas de Madrid (COGAM) ha podido constatar que en la actualidad, Cruz Roja Española en sus campañas de recogida de sangre, presenta un escrito con diversas recomendaciones y con un cuestionario.

En primer lugar, Cruz Roja recomienda a todos aquellos que tengan hábitos homosexuales, que se abstengan de donar sangre.

Afirma Cruz Roja Española también que

mantener relaciones con distintas parejas sexuales es una práctica de riesgo para contraer el Sida, y añade que, siendo el potencial donante hombre, debe abstenerse de donar sangre si ha mantenido relaciones sexuales con otro hombre aún una sola vez desde el año 1977 hasta hoy.

Todos estos planteamientos hechos por una organización con una trayectoria como la de Cruz Roja, son graves porque:

1º Al referirse a conceptos ambiguos como «relaciones» añade confusión sobre qué prácticas ponen en situación de riesgo para contraer el Sida.

2º Las relaciones, al margen del sexo de quienes las mantengan, pueden ser peligrosas o no, dependiendo de las medidas cautelares que se adopten y no de otras circunstancias.

3º Se tiende a establecer un paralelismo absurdo y peligroso entre «homosexual» y «Sida». No puede seguir considerándose esta enfermedad ligada a grupos de riesgo, pues en realidad no existen.

Son determinadas prácticas —y no todas— al margen de la orientación sexual, las que pueden poner a una persona en peligro. Insistir en lo contrario, puede implicar un exceso de confianza en aquellas personas no incluidas en los denominados «grupos de riesgo», y por tanto, favorecer la propagación del virus.

4º Cambiar de pareja, o mantener relaciones con personas diferentes, no supondrá un riesgo de contagio, siempre que se adopten las medidas preventivas adecuadas.

En todo caso, nos parece igualmente grave que a priori se sugiera a los

homosexuales que no donen sangre; dada la obligatoriedad legal de someter a todas las extracciones de sangre destinadas a uso terapéutico, a los análisis pertinentes y concretamente al test del Sida, resulta gratuito rechazar la sangre del homosexual por el mero hecho de serlo; máxime considerando que la legislación exige informar de cuáles son las actividades sexuales que excluyen de la donación, lo que no hace Cruz Roja en el formulario que presenta.

La normativa legal no habla de grupos de riesgo y considera que son actividades imprudentes —que podrían ser practicadas por homo y heterosexuales indistintamente— las que ponen en riesgo la salud.

Debe quedar claro que lo importante es que la sangre depositada en los